

3-ABR. 1878

A mi respetable am. el
D. R. Gutierrez m. d. s.



BIBLIOTECA

DE

J. R. GUTIERREZ

Seccion.....

Número.....

DISCURSO

SOBRE

LA EDUCACION DE LA MUJER

EN LA

ESFERA DE LAS ESPECULACIONES CIENTÍFICAS

LEIDO ANTE EL

"CÍRCULO LITERARIO" DE LA PAZ

POR EL

Dr. Rodolfo S. Galvarro.



LA PAZ.

Imprenta de la Union Americana—Calle de Junin núm. 11

1878



01703

Dedico estas páginas a mi madre en prueba de mi filial cariño.

RODOLFO S. GALVARRO.



BIBLIOTECA
DE
J. R. GUTIERREZ

Seccion.....

Número.....

LA EDUCACION DE LA MUJER,
EN LA
ESFERA DE LAS ESPECULACIONES CIENTÍFICAS.

SUMARIO.—I Oríjen de la abogacía.—II Mision del abogado.—III Oríjen de la medicina.—IV Mision del médico.—V ¿Puede la mujer abrazar estas dos profesiones?

I.

Para dar cumplimiento a un deber impuesto a mi persona por el "Círculo Literario," en cuyo seno tengo la honra de hallarme, he escogido una de las materias mas altamente filosóficas y mas elocuentemente debatidas; y, al hacerlo, no he pensado en la debilidad de mis fuerzas para llevar a término tarea tan difícil, y solo he tenido presente que en la inmensa colmena del Universo todas las inteligencias, por débiles que sean, son abejas que fabrican algo de la rica miel que forma el panal de la civilizacion. Con esta idea he emprendido el trabajo que tendré el honor de leer. No se hallará en él originalidad, el objetivo que lo produce ha sido materia de profundos estudios que yo compendiaré para enseñarlo a los que no puedan leer en gruesos volúmenes las investigaciones de la razon en la esfera de la educacion de la mujer.

Pero ántes de principiar con el objeto principal de este trabajo, voi a buscar el oríjen y señalar a grandes rasgos, la mision de las dos mas elevadas profesiones que cultiva el hombre, para deducir de allí mi opinion respecto de si la mujer puede tambien abrazarlas ventajosamente. Hablaré en primer lugar del—

Oríjen de la abogacía.—La ignorancia es y será siempre uno de los mas tristes patrimonios con que se halla dotado el hombre, jamás éste podrá desasirse de ese duro grillete que sujeta su intelijencia en un espacio tan reducido; jamás podrá avanzar aisladamente hasta llegar a comprender todas esas grandes verdades, cuyo conocimiento necesario para el desarrollo físico e intelectual de la humanidad, solo se puede poseer por una multitud de personas que constantemente se dediquen a descubrirlas. No es posible, dice Garnier, que un solo hombre, por hábil y fuerte que se le considere, sea capaz de llegar a poseer todas las verdades que flotan en el universo, por esto se hace necesario que los hombres "*unan sus fuerzas dividiendo sus ocupaciones*" para que por medio de esta lei económica, cada uno descubre cierto número de principios que coleccionados formen, por decirlo así, el código de la razon humana. Así principiaron a existir las profesiones y los oficios.

La impotencia del hombre aislado, la impotencia de las personalidades, nos hace ver de una manera clara que desde el principio del mundo los oficios y las profesiones tuvieron grupos de personas que los cultivaron, individualidades que, tropezando con las dificultades ligadas a todos los descubrimientos, marchaban resignadas buscando la luz en el lóbrego caos de la ignorancia.

La injusticia; esa figura fatídica que quiere alzarse y se alza siempre a nuestra vista perturbando la tranquilidad del espíritu, ha necesitado, desde su nacimiento, abnegados adversarios que, estudiando las leyes naturales escritas en el corazón de la humanidad, la combatan y hagan dar a cada uno lo que es suyo, pongan en práctica los principios de la equidad. La injusticia, sombra funesta que tiende a eclipsar el sol de la verdad, ha necesitado ser desvanecida. Ved aquí enjendrada la profesion del abogado, conocida con otros nombres en la antigüedad— Ahí está su oríjen. Seamos breves.—La naturaleza humana lleva consigo la injusticia y la ignorancia—La 1.^a necesitó de apóstoles que predicando la *equidad* destruyeran el trono donde la colocó la maldad humana—a la 2.^a preciso es oponerle ese grupo de soldados de la idea que llevando la antorcha de la fé en la mano buscan, desde el oríjen de los tiempos, aquello que jamás se podrá conocer en su verdadera manifestacion, en su última espresion, aquel eterno miraje del viajero en el desierto de la vida—la civilizacion sin errores. De aquí la necesidad de que ciertas individualidades se dediquen al sacerdocio de la abogacía, que nació con el primero que arrojó la malhadada semilla de la injusticia; así como otras se dedicaron a diferentes ramos del saber humano. Dicho esto pasemos adelante.

II.

La mision que el abogado tiene que desempeñar es de alta significacion. Voi a indicarla someramente haciendo algunas reflexiones sobre lo enunciado en el párrafo anterior.

En el seno de la sociedad hai dos elementos en constante oposicion, dos fuerzas que luchan incesantemente: la *fuerza bruta* y la de la *recta razon*. La primera trata de destruir, la segunda de construir, la primera rasga la lei si ella le sirve de obstáculo; la segunda protege la lei, amparo de las personas: la primera dá por fruto la arbitrariedad, la segunda la equidad. Ahora bien, el abogado, que no es otra cosa que el defensor de la justicia, tiene la mision de robustecer la fuerza de la recta razon, manifestada en una lei benéfica, para impedir los desórdenes que resultarían del triunfo del elemento contrario. Él debe velar por la tranquilidad pública que solo puede conservarse, conservando tambien los elementos de armonía social: calmando las discordias que se susciten entre los ciudadanos, amparando a los desgraciados que atraviesan el sendero de la vida agujoneados por la opresion; protejiendo a la viuda, al huérfano que ven atacados sus derechos, olvidadas las obligaciones que con ellos contrajeron. Esta es su sagrada mision, y para llenarla, el abogado debe estar dotado de un amor ardiente a la verdad, de una intelijencia sin preocupaciones, su corazon debe ser el tabernáculo de la justicia, su ciencia sostén de la virtud, apoyo del derecho y, como dice un ilustrado escritor; sus estudios deben ser santuarios de la paz, sus lábios oráculos de las leyes, sus conocimientos brazo de los oprimidos.

No olvide la juventud que ese es el objetivo de las aspiraciones del abogado; que solo puede merecer tan honroso título, dedicando sus estudios y su talento a ser el verdadero sacerdote de la Justicia. El día que se comprenda el elevado encargo del abogado ¿quién creará tener fuerzas suficientes para llenarlo?

El Ministro de Dios predica la verdad evanjélica en la cátedra del espíritu santo—El ministro de la justicia predique esa misma verdad en la cátedra de la lei, y habrá cumplido su deber.

Pasemos al tercer punto de nuestro trabajo.

III.

La primera lágrima necesitó de una mano cariñosa que la enjuge.

El primer grito de dolor de una consoladora voz que alivie su amargura.

La primera herida de un bálsamo que la cure—y la sencilla injenuidad de los pueblos antiguos apellidó Dios a aquel ser que dedicó sus conatos a calmar las dolencias del hombre, sin poderlo, casi siempre, conseguir.

¿Quién podrá señalararnos al primero que ejerció la ciencia de curar?

Luis Figuier en su "Tableau de l'état des sciences pendant la période antéhistorique" colocado en las primeras páginas de su libro "Vie des savants illustres de l'antiquité" dice que varios pasajes de Homero prueban que la medicina era ya ejercida con *buen resultado*; sino en el tiempo de la guerra de Troya al ménos en la época en que fueron escritos los poemas de aquel; y agrega que el arte de curar fué el privilegio de los dioses, de los reyes y de los héroes; lo que quiere decir que la gratitud de los pueblos elevaba al rango de dioses, de héroes o de reyes, a los filántropos que bebían en la fuente de la caridad, la ciencia de aliviar los dolores físicos del hombre.

No podía ser de otro modo: la sublimidad de la tarea que se imponían el compasible motivo que la hizo nacer, debían dar, como dieron en efecto, un carácter celestial, solo comprensible para las almas con fé, a esos hombres que luchaban para aliviar los sufrimientos corporales de la humanidad; por esto es que Esculapio fué deificado y el *venerable anciano de Cos* tomado por un ser extraordinario de infinita superioridad sobre los demás.

Si encontramos que la medicina se ejercía con *buen resultado* en la época de la guerra de Troya o en una muy próximamente posterior; si sabemos por sábias investigaciones y pruebas directas que Homero mismo y Hesiodo tenían *profundos* conocimientos médicos, profundos tanto como podían serlo en esa época, debemos consentir que es tarea mas que difícil el querer señalar su primitiva cuna, su origen verdadero. Si queremos penetrar en la oscura época antehistórica no podremos hallar en ella nada que nos dé luz y la misma historia de la medicina contándonos fábulas mas o ménos injeniosas, no puede desvanecer las sombras de ignorancia que envuelven esta materia.

¿Y cómo querer encontrar esa verdadera cuna?—Cómo investigar donde nació la primera enfermedad que aquejára al hombre?—O mas bien—¿Quién dudar podrá de que cuando el ánjel vengador arrojó a nuestros primeros padres del paraíso del placer llevando sobre ellos la maldición de Dios que los rodeó de todas las miserias de que hoy es víctima la humani-

dad; que les hizo sentir los dolores del cuerpo unidos a los pesares del alma, lejos ya de esa mansión de ventura donde los colocara la mano pródiga del Creador, buscaron para aliviar esos dolores, para neutralizar esos agudos sufrimientos, las hojas de algun árbol, las flores de alguna planta? El instinto, llamemos así a ese celeste don que el hombre recibiera de Dios, buscó algun lenitivo para tanto sufrimiento, algun bálsamo que aliviase el fatigado cuerpo, y, así como el perro encuentra en la lengua la sustancia medicinal que cura sus enfermedades, así tambien el hombre encontró en la vasta naturaleza remedios para sus dolores; allí tuvo su primer origen la ciencia de la medicina. En esa base tan débil se ha construido el grandioso edificio que hoy forma la ciencia de curar, contribuyendo a ello almas sensibles que sufrían con los sufrimientos de la humanidad por esto el inmortal poeta Homero amante de lo bueno, como digno sacerdote de la poesía, se dedicó a ella y obtuvo conocimientos de gran valía.

IV.

Fácil es comprender la elevada mision del médico cuando se conoce el por qué de su existencia.

Así como el espíritu abatido tiene necesidad de una religion, cualquiera que ella sea, para consolarse con sus dogmas; así tambien el cuerpo enfermo, tiene necesidad del médico para hacer mas soportables sus dolores.

¡Cuán desgraciado sería el hombre, si sus lamentos de agonía fueran a confundirse con la bronca voz de los huracanes, sin poder hallar quien haga ménos amarga su desventura!

¡Cuán desgraciado sería el hombre si arrojado, como hoja seca que se lleva el viento, no encontrara un dulce acento que le hable de ese *mas allá* que esperamos!

Y, mucho mas desgraciado aun, si cual nuevo Job, sin su paciente virtud, no hallara quien cure las heridas de su cuerpo con la tierna solicitud de un hermano.

Pero, gracias al cielo, la mano pródiga del Creador ha querido endulzar nuestras amarguras y, así como para consuelo de nuestras almas ha colocado en la tierra al virtuoso ministro de la iglesia, que nos dá fuerzas para sobrellevar nuestros infortunios, nos sostiene en nuestras caidas y hace que bendigamos al autor de lo Creado, mostrándonos los inmensos tesoros de bondad que guarda su amor al hombre; así tambien ha colocado al médi-

co, ministro de la caridad, para que dé alivio a esa miserable vestidura, pobre sayal que leva el alma en su peregrinacion por el mundo.

¡Cuán penosa como sublime mision ha de llenar el médico! Y para hacerlo cumplidamente debe inspirarse en las divinas doctrinas del Hombre-Dios; debe llevar grabada en su pecho la augusta imájen de la caridad, debe visitar la humilde choza del desgraciado con la ternura y buena voluntad de un hermano, buscar, entre los escombros que dejan las luchas de los hombres, al que yace exáuíme esperando el último instante de su vida terrestre, y el primero de su existencia eterna; y fortificarlo en esos momentos de ruda prueba.

Jesús curaba a los desgraciados, con el divino poder de un Dios, sin esperar otra recompensa que la gratitud; imite el médico ese ejemplo santo, curando al desvalido con el poder inmenso de la ciencia y habrá llenado su deber.

Indicados, mui a grandes rasgos, el orfjen y la mision de estas dos profesiones, pasemos a ver si su ejercicio es compatible con los deberes que la mujer ha de desempeñar en el seno de la sociedad, en el hogar de la familia.

V.

Cuando el soberano Arquitecto del Universo formó a la mujer de una parte del cuerpo del hombre, dióle a este no una vil esclava dispuesta a pasar su vida ocupada solo con las faenas de la casa; no una especie de máquina construida para el arreglo interior del hogar; ofrecióle sí una inteligente compañera que debía ayudarle a sobrellevar las fatigas de la vida. La mision que Dios impuso a la mujer no era encadenar sus preciosas facultades. Su inteligencia debía ensancharse y dirigirse a conocer la verdad en todas sus mas elevadas manifestaciones; su voluntad debía quedar dispuesta a su mas ámplio y moral desenvolvimiento; porque la mujer, esa hermosa mitad de la humanidad, está respecto de las facultades morales del hombre en un nivel quizá superior.—No hablamos sin datos positivos.—Conteste por nosotros la estadística de instruccion de los Estados Unidos de la América del Norte, único país donde la mujer dá raudo vuelo a sus facultades: “Numerosas Universidades, dice Emilio Jonveaux, se han fundado para las jóvenes no considerándose ningun estudio demasiado elevado para ellas: en las matemáticas, el álgebra, las ciencias naturales y abstractas, rivalizan con los estudiantes del otro sexo, y a veces los exeden, habiendo obtenido los varones en la escuela Superior de Chicago, en el año de 1861, solo

cuatro premios de diez y nueve que existían. Los solos estudiantes de griego y latin que se hallaban en Detroit, eran niñas; así como dos de ellas han sido las únicas dedicadas al estudio de la Astronomía y también al de la física."

En otra parte hace notar este mismo escritor, que casi todos los que dirijen establecimientos de instruccion, pertenecen a este sexe mirado con tanto desouido para nuestros lejisladores y que es la palanca mas poderosa para dirijir a las naciones hácia su mas alto progreso.

Conocidos estos hechos de tan alta importancia ¿puedo aun sostenerse que la mujer "es radicalmente incapaz de toda instruccion y de cuanto sea grande y sério?" [1] Me parece racionalmente imposible, y, para dar mayor fuerza a lo enunciado ya, recorramos la historia, ese espejo donde se refleja el porvenir.

Amasia y Hortencia en la antigua Roma se dedicaron con buen éxito al sacerdocio de la Abogacia. La Lezardiere autora de "La teoría política de las leyes francesas" era doctísima en derecho. Safo poetisa griega, nos ha dejado monumentos soberbios levantados por su fecunda imaginacion.

Santa Teresa de Jesús, pulsaba la dulce lira del poeta con tanta maestría como manejaba la bien cortada pluma del prosista.

Madama de Stael, en la edad moderna, la mas célebre de las escritoras, abrazaba todo jénero de cuestiones y las trataba con brillante superioridad: en sus obras se encuentra una profundidad admirable, una erudicion amena unida a un perfecto conocimiento del corazon humano. Saben todos la influencia que esta notable mujer ejerció en la política de su país.

La duquesa de Abrantes—Maria del Pilar no es verdad que han dado un empuje poderoso a la literatura de su patria? Pero a qué hacer tantas citas? Nadio ignora la influencia universal e irresistible que ejerce la mujer en los destinos de una nacion; en aquellas donde era considerada como un mueble, y era tratada como tal, la civilizacion no mostraba su esplendorosa luz, y esas naciones languidecian, podemos decir, vivian agonizando; por el contrario, allá donde ella forma el conato de los lejisladores, allá donde se dá campo vasto para que desarrolle sus facultades, la prosperidad es un hecho, la libertad se afianza en las bases de la moral que se ensancha y la virtud del ciudadano no es un mito, ella se forma, se crea, podemos decirlo, por la madre ilustrada que, robustece su intelijencia y se esfuerza

(1) Mr. de Maistre.

en educar honradamente a sus hijos, para que ellos sean, como miembros de una sociedad, el sostén del orden, fuente fecunda de bienestar para las naciones.

Apesar de la imperfecta instruccion que se dá a la mujer en los estados Sud-Americanos, hemos visto levantarse pujantes inteligencias, que, educadas en la esfera de las especulaciones científicas, habrian dado algo de mas positivamente útil.

Natural es que en las sociedades naciescentes la imaginacion tome el primer lugar, y por esto es que la poesia se cultiva ántes que cualquier otro ramo de los conocimientos humanos. Lo propio sucede con la mujer, con instruccion limitada y naciescente educacion no ha podido aun en la América del Sud, penetrar en el terreno de las ciencias abstractas y por esto solo hemos escuchado dulces cantos, inspirados por la pintoresca naturaleza de Cuba, por las floridas playas del Funza y por los aromados valles que riega el Tequendama.

“Desde la poetisa Miriam, dice el señor José M. Tórres Caicedo, hace tres mil trescientos y algunos años las mujeres han tratado de rivalizar con sus *antagonistas* naturales, como Duchatel llamó a los hombres, en todo lo que se refiere a la elocuencia, a la poesia, al arte, a las ciencias y aun a la política.” Y despues de ese esfuerzo de la inteligencia que conoce sus fueros, esfuerzo languidecido por nuestra criminal indiferencia hácia la educacion superior de la mujer, se pretenderá todavia suponer que hai incapacidad absoluta para que ella dedique sus talentos a las investigaciones científicas? ¿Se podrá decir con Mr. de Maistre que “puede permitirse a la mujer saber que Pekin no está en Europa y que Alejandro el Grande no pidió en matrimonio a una sobrina de Luis XIV” y nada mas, cuando su poderosa inteligencia puede revelar verdades que están quizá ocultas a la razon del hombre?

Se nos combatirá quizá manifestando, que, la naturaleza de los deberes que está llamada a cumplir le impiden dedicarse a estudios profundos y que su mision sobre la tierra se reduce a hacer la felicidad del esposo, tributándole sus alhagos, a educar sus hijos y atender la marcha interior de la casa? Sin pretender destruir esto que se ha llamado objecion y que es mas bien un argumento *contraproductentem*, ojeemos el pequeño libro de Monseñor Dupanloup: “Mujeres sábias y mujeres estudiosas” y veremos que en la pájina 15 dice: “La mayor desgracia del hombre, lo que mas ha de temer, es tropezar con una mujer lijera, frívola, perezosa, desocupada, *ignorante*, desabrida, amiga de los placeres y de las diversiones, incapáz de todo estu-

dio, de toda atencion perseverante, y, por consiguiente, inhabilitada para tomar una parte activa y real en la educacion de sus hijos y en los negocios de la casa y de su marido." Ahora bien, si la mision de la mujer consiste en hacer la felicidad del esposo, en preparar la futura felicidad de sus hijos y crear la presente para la familia toda; y se vé que una mujer ignorante ha de ser naturalmente frívola y desocupada, amiga del placer e incapaz de educar a sus hijos, es lícito afirmar que la mujer sin instruccion pueda cumplir su elevado encargo?—No—absolutamente nó.

Para ser buena madre, debe ser ilustrada, y para ser objeto del respeto de sus hijos no debe estar espuesta a tener que bajar la frente, cuando con infantil acento le pregunten sus hijos—¿cuál es la capital de la República federal de Norte América, dónde estiende sus aguas el caudaloso Sena, el sol jira al derredor de la tierra o ésta en torno de aquél? La mujer debe ser ilustrada para ilustrar al hijo; ilustrada para formar al ciudadano, que en las repúblicas democráticas, es un brazo que ayuda a sostener el edificio social.

La cuestion está, pues, muy léjos de ser racionalmente sostenida por los que quieren destruir las facultades de la mujer, y el nudo gordiano de esta materia está mas bien en saber si a quella puede ejercitar las profesiones que abraza el hombre. Vamos a dar nuestra opinion respecto de las dos mas importantes:—La abogacia y la medicina.

Hemos dicho que el abogado es, en último análisis, el defensor de la justicia y que sus funciones se reducen a proteger el derecho conculcado. Para llevar a cabo los deberes que nacen de estas funciones se hace necesaria una vida de completo estudio, de constante trabajo intelectual y aun mas, preciso es tambien presentarse a defender esos derechos, cuyo patrocinio se les ha confiado, en las oficinas de los tribunales de justicia. La mujer por las condiciones de su vida está, al parecer, alejada de ese terreno; pero si se piensa, si se reflexiona con méenos festinacion que la acostumbrada en asunto tan grave, se encuentra que no hai esa antítesis que se quiere hallar, y que, por el contrario, en la mujer se ven todas las condiciones necesarias para ejercitar el sacerdocio de la abogacia—En la mujer se vé, en alto grado el amor a la verdad: por la misma sensibilidad de su naturaleza, ama lo bello, lo bueno y lo honrado con mas vehemencia y mejor que el hombre y por esto en el terreno del derecho, es natural creer que ella escogería mas

paletudamente la causa de la justicia, la de la razon; sin dejarse llevar por las mezquinas pasiones que ajitan el corazon del hombre—La mujer quiere virtud: el hombre busca riqueza. ¿Cuál de los dos llenará mas cumplidamente la mision del abogado? Respondan los que las creen incapaces de todo lo grande y bueno.

La inteligencia de la mujer es fecunda, elevada y, como alguno ha dicho, tiene mucha mas rapidez de concepcion, mucha mas exactitud en sus apreciaciones que la del hombre.

¿Se arguye ahora que la mujer no debe ni puede abandonar el hogar doméstico y que cualquiera ocupacion fuera de él ha de serle estroña? Negativa es nuestra opinion, ya la hemos manifestado, y creemos mas bien que pueden ser educados los hijos, sostenido el orden en la familia, al mismo tiempo que se sostiene un debate judicial y que se procura el mantenimiento del orden en la sociedad, dando noble jiro a las controversias de los litigantes.

Los hijos no necesitan vivir siempre en los brazos de la madre, y la mujer que así lo hace peca por ociosa y, lo ha dicho el refran que es la filosofia vulgarizada: “la ociosidad es madre fecunda de los vicios.”

Encuentro mas fácil la defensa de mi opinion en el terreno de la medicina. Aquí parece que la mujer fuera la única capaz de realizar los nobles fines que ella se propone.

Su amor a la caridad—su abnegacion—su misma sensibilidad que parece alejarla del lecho del enfermo, la lleva allí por el camino de la compasion y, así como derrama en el corazon apenado del moribundo el bálsamo del consuelo, puede tambien aplicar a la dolorosa herida que le roba la existencia un remedio que la alivia.

Las heridas del alma encuentran su remedio en la Religion.

Las heridas del cuerpo lo hallarian mas eficaz, y aplicado mas desinteresadamente por la delicada mano de la mujer.

La hermana de la caridad busca al agonizante en el campo de batalla, le prodiga sus cuidados; le dá calor con su aliento, como amorosa tórtola que abriga a sus hijuelos. Si aun titila, en el demacrado semblante del soldado que entrega su vida por conquistar la libertad de su patria, una lágrima ardiente, la mano de ese ángel, que la bondad divina quiso arrojar al mundo, la enjuga y mostrándole las puertas del paraíso, lo consuela con la esperanza de gozar en el cielo, de la perpetua felicidad que otorga el Señor a los buenos.

¿Y se podrá pensar que la medicina en manos de estos jéuios tutelares de la humanidad estaría mal colocada?

¿Se podrá sostener que la mujer solo debe manejar la aguja? nó. Los cuidados que requiere un enfermo necesitan de la delicadeza de la mujer para llenarlos cumplidamente.

La austera mirada de un málico con el corazon endurecido en vista de diarios infortunios, infunde temor. La melancólica mirada de una mujer, siempre sensible, junto al lecho del moribundo consolándolo tiene algo de celestial, algo que cura las enfermedades con mas eficacia que todas las drogas inventadas por la farmacia.

La dulzura que ella solo posee en tan alto grado daría confianza al enfermo.

Su desinterés la llevaría a la pobre alcoba del desamparado, con el mismo entusiasmo con que la llevaría al suntuoso dormitorio del magnate y allí derramaría tanta ciencia como bondad, tanta caridad como inteligencia.

Desechemos, pues, preocupaciones erróneas, dejemos a la mujer campo vasto para que desarrolle sus facultades, esfera amplia para que ejercite sus sentimientos.

Dios necesitó de una *mujer* para redimir la humanidad. Sin María no habrían existido las evangélicas doctrinas del sabio Jesús.—Y podemos consentir que sin ilustrar estensamente a la mujer vamos a llegar a ser perfectamente ilustrados?

Desengañémonos, si mas tarde somos mas felices que al presente será porque talvez podamos decir de Bolivia lo que Tocqueville dice de los Estados Unidos de la América del Norte: la ilustracion de este pueblo, depende de la ilustracion de sus mujeres. —;Plegue al cielo que así sea!

RODOLFO S. GALVARRO.

La Paz, 3 de Abril de 1878.